

## XVIII.

A la muerte de la Excelentísima Señora doña María de la Piedad  
Boca de Togores, duquesa de Frias, etc. (1).

Donde el régio Manzanáres  
Con sesgo raudal camina,  
Y alcázares y tugurios  
En su breve espejo imita,  
Amor y amistad, la venda  
Rota, la antorcha extinguida,  
Junto á un sepulcro abrazados,  
Flores y llanto prodigan.

Allí entre el silencio eterno  
De mústias sombras se eclipsa,  
Astro de virtud y gracias,  
El sol hermoso de Frias.

Brillante fuego del genio,  
Bondad nunca desmentida,  
Tierno pecho que un suspiro  
Del infeliz conmovia;

Dulce candor, dulce habla,  
Encantadora sonrisa,  
Ardientes ojos, do puso  
Vénus todas sus delicias,

A un soplo del cierzo helado  
Entregaste, acerbo día,  
Y tristes yertos despojos  
Son ya de la Parca esquivada.

A tí, beldad malograda,  
Lamenta la humilde umbría  
Do el lloro de la indignancia  
Enjugaste compasiva;

A tí los sacros verjeles,  
Que Hipocrene fertiliza,  
A cuyos cisnes canoros  
Inspirabas en su orilla.

Por tí el Támisis nubloso  
Y el fausto Sena suspiran,  
Y á los rios de tu patria  
Tu cuna y sepulcro envidian.

Vienen los vates de España,  
De ciprés la sien ceñida,  
Y en el túmulo deshojan  
Laureles, rosas y olivas;

Los que del Turia y del Ebro  
Beben; los que Tórmes cria;  
Por los que Tajo y Henáres  
Levantán su frente altiva;

Los del laurífero Bétis,  
Dauro y Genil, prole antigua  
Del árabe ardiente, alumnos  
De su fuego y su osadía;

Todos funerales himnos  
Entonan, todos su lira  
De helecho fúnebre enraman  
Y tristes ayes le inspiran.

«¡Murió!», resuenan de Mantua  
Las enlutadas colinas;  
«¡Murió!», repiten las cumbres  
De Guadarrama y Fuenfria.

Todo es aflicción; no hay alma  
Sin quebranto; no hay mejillas  
Que las lágrimas no bañen;  
No hay corazón que no gima.

Mas ¡ay! que entre tantas penas,  
Cual cedro á humildes aristas,  
Hay una que á todas vence,  
Y á enmudecer las obliga.

Mirad al huérfano esposo,  
Que ya sólo tiene vida  
Para el dolor; sobre el mármol  
Solloza más que respira;

Y llama crúel al cielo,  
Y á la suerte llama ímpia;  
Del llanto acerbo testigo  
Arboles, fuentes y niñas.

Rota en el polvo y sin cuerdas  
Yace el arpa de solía  
De la amenazada patria

(1) Este romance se imprimió en la *Corona fúnebre* que se publicó en Madrid, año de 1830, en honor de dicha ilustre señora.

Celebrar las nobles iras.

Las que ciñó en otro tiempo  
Palmas de honor merecidas,  
Hora despechado arroja  
Y entre la arena las pisa.

«Emblemas de inútil gloria,  
¡Qué valeis, gimiendo grita,  
Si el bien por quien yo os amaba  
No ha de verla ni aplaudirla?»

»Sagrados vates de Iberia,  
Cantad mi prenda perdida;  
Vuestro antiguo compañero  
Ya muriendo os lo suplica.

»Si os unió conmigo el dulce  
Lazo de amistad sencilla,  
Y al triunfo de vuestros cantos  
Alegre yo sonreía;

»Si noble rival la cumbre  
Pisé de Helicon florida,  
Desconocido á las sierpes  
De la ponzoñosa envidia;

»Si la sombra de Batilo,  
Del gran Batilo, que anima,  
Febo del Parnaso íbero,  
Vuestras canciones y lirás,

»Consolé, de dos naciones  
Reparando la injusticia,  
Cuando salvé del olvido  
Sus venerables cenizas (2);

»Por los lauros que á su gloria  
Debéis; por la llama activa  
Del genio que en vuestros pechos  
Sublime furor incita;

»Dad á mi querida esposa  
Nombre y fama esclarecida,  
Sagrados vates de Iberia,  
En cantos que eternos vivan.

»Yo, triste y mudo habitante  
De esta funeral campiña,  
Consonaré á vuestras voces  
Sólo con lágrimas pías;

»Que no el elevado acento  
Concede al dolor Polimnia,  
Ni roba al laud sus sonos  
La mano desfallecida.

»Tal vez en los nuevos troncos  
Grabaré su dulce cifra,  
Y crecerán, y con ellos  
Del pecho amante la herida.

»Este valle solitario,  
Que los pesares habitan,  
O el Julio ardiente le abruma,  
O el hielo agudo le oprima,

»Será mi asilo postrero,  
Donde, sombra fugitiva,  
Se oculta en la infausta losa  
El bello sol de mis días.

»En tanto del fiero olvido  
Libradla, y por siempre viva  
En la memoria del hombre  
Quien no morirá en la mia.»

¡Esposo infeliz! Si es cierto  
Que en las almas doloridas  
Sublime y firme esperanza  
Justos dolores mitiga,

Calma el llanto, y á ese helado  
Sepulcro, que la delicia  
De tu juventud lozana  
Guarda en miserables ruinas,

Pregunta si esconde entero  
Todo el bien que fué tu dicha,  
Y si de la avara muerte  
Nada reservó la ira.

Los bellos ojos, las rosas  
Del semblante, la armonía  
De las formas con que al mundo  
Beldad efímera, hechizas,

(2) España, patria de Meléndez, le debió un sepulcro. Francia, centro de la civilización, no debió dejar al restaurador de la poesía castellana en la tumba ignoble, de donde le trasladó el Duque de Frias á un monumento muy decoroso.

Todo es ya polvo. No alcanza  
Ni saber ni fuerza invicta,  
Ni la hermosura, ni el cetro,  
A evitar la ley precisa.

Esos himnos que á su gloria  
Vates célebres dedican,  
Caerán con ellos al seno  
Donde los siglos se abisman.

Hasta el nombre que celebran  
Morirá; la piedra misma  
En que tu dolor grabaste  
Volverá el tiempo en cenizas.

Sólo para las virtudes  
No hay muerte. Del cielo hijas,  
Dan vida eterna en el cielo  
Al alma que las cultiva.

Alza, pues, los tristes ojos,  
Alza á la patria escogida,  
Última patria que al bueno  
La Providencia destina.

¿No la ves hollando el orbe  
Con firme pié? ¿No la miras  
Cefir de beneficencia  
Las rosas nunca marchitas?

¿No ves cómo leda abraza  
Al hijo que lloró un día,  
Sin temer ya que la muerte  
Le arrebató á sus caricias?

La bondad y la inocencia,  
En celeste lazo unidas,  
Te esperan: la tumba es puerta,  
Y la santa virtud guía.

Convierte el fiero quebranto  
En esperanza benigna,  
Que el ábrego del sepulcro  
Lleva al puerto de la vida.

Allí se ignoran las penas,  
Ni el aura de los placeres  
Con denso aroma fastidia.

Cuanto el mundo llama bienes,  
Que el necio mortal codicia,  
Es nada: *virtud y polvo*  
Son del vivir las reliquias.

Ese triste monumento  
Con honda atención medita,  
Y hallará el dulce alivio  
De tu mal; gime y confía;

Que del sepulcro en el margen  
Muere la ilusión mentida,  
Y allí, verdad bienhechora,  
Comienza tu monarquía.

## XIX.

## Á ARMINDA,

EN SU CUMPLEAÑOS, DÍA ÚLTIMO DE ABRIL.

Yo vi que del nuevo Mayo  
El Abril se despedía,  
Y en los brazos le dejaba  
Una hermosura divina,

Tan tierna, mas tan graciosa,  
Que apenas siente la vida,  
Y ya en sus rosados labios  
La inocencia sonreía.

Su bella cara se esmalta  
De la púrpura subida  
Con que el sol del Occidente  
Las próximas nubes pinta.

Los medio dormidos ojos  
Amorosa llama envían,  
Más dulce que la del alba  
Cuando entre celajes brilla.

El oro de su cabello  
Forjó el amor en sus minas,  
Siendo los hermosos rizos  
Del Tajo y Oñir envidia.

No en los golfos de Citera  
Vénus pareció tan linda

Como la beldad que al Mayo  
Benigno el Abril confía.

«Rey de los meses, le dice,  
Si tu guirnalda florida,  
Deshojada del Favonio,  
Me debió su primer risa;

»Si cuantas rosas nacieron  
En mi breve imperio animas,  
Y al aliento de tus auras  
Cobran pompa y lozanía;

»Para esta sola te pido  
Los cuidados y caricias;  
Y aumenta, siempre que vuelvas,  
Sus encantos y sus dichas.»

Dijo, y Mayo lo promete;  
Y creces, hermosa Arminda,  
A ser modelo de gracias,  
Y de tus padres delicia.

## XX.

## Á ISMENIA.

Quien vió al sol recién nacido  
Entre los brazos del alba,  
Jugando su luz suave  
Con las fuentes y las ramas;

Si entregado al sueño algunas  
Horas, vuela la mañana,  
Y al despertar ve sus rayos,  
Que cielos y tierra abrasan;

¡Con qué admiración contempla  
Del astro ardiente la llama,  
Y al grato esplendor primero  
El nuevo incendio compara!

Tal vez mira el peregrino  
Entre márgenes pintadas  
Halagar pequeño el Ebro  
Del alavés la campaña;

Y despues le ve ceñido,  
Claro en nombre y rico en aguas,  
Con raudal majestuoso,  
Las torres de Laletania.

Yo vi el boton entreabierto  
De la rosa que mostraba  
Un rubí naciente, anuncio  
De su hermosura y su gracia;

Y volví, y halléla reina  
Del prado activa y gallarda,  
Sobre el vástago extendiendo  
Las puras hojas de nácar.

Si, bella Ismenia; tu Anfriso,  
Que en tu niñez halagabas,  
Llamándole buen amigo  
Con tierna y graciosa habla;

Cuando á merced de los hados  
Náufrago llegó á tu casa,  
Y logró en su triste suerte  
El puerto de la esperanza;

Vió en tí la naciente rosa,  
El sol que el Oriente raya,  
Y el jugueteo arroyuelo  
Que en los valles se solaza.

Luégo á otros climas lejanos  
Le llevó fortuna vária,  
Sufriendo en males y bienes  
Del destino la inconstancia.

Del Adur en las riberas,  
Cuando vuelve á verte, halla  
Rosa erguida, ilustre río,  
Y hoguera que amores lanza.

Mas aunque ya doce lustros  
Mi encorvada frente gravan,  
Y el infortunio y el tiempo  
Cifien mi rostro de canas,

No renuncio el dulce nombre  
Que otras veces me llamabas,  
Y tu corazón hermoso  
Negar no puede á mis ansias.

Los pocos bienes que goza  
La triste vejez reclama,

Y siempre fueron eternas  
Amistades de la infancia.

## XXI.

## Á EUGENIO.

*Scribendi rectè sapere est et principium et fons.*  
HORACIO.

Sin la antorcha de las ciencias  
No esperes, mi dulce Eugenio,  
Penetrar de Apolo y Clio  
Los soberanos misterios.

Yo, como tú, cuando el rostro  
Doraba el bozo primero,  
Sentí en el hervor del canto  
Alborozado mi pecho,

Y al aura de la armonía  
Entregándome inexperto,  
De juvenil arrogancia  
Fuí vergonzoso escarmiento.

Pude escapar del naufragio,  
Si bien de légamo lleno,  
Y la tabla y los vestidos  
Colgué, Minerva, en tu templo.

Allí de Newton y Euclides  
La sagrada voz oyendo,  
Mi espíritu enajenado  
Los orbes corrió del cielo.

Allí el corazón humano  
Sagaces me descubrieron  
El que domó á Catilina  
Y de Anyto el noble reo (1);

Y volví á cantar, y pudo  
Tal vez halagar mi acento  
Del Bétis, fecundo en cisnes,  
Los márgenes placenteros.

Si, amado; naturaleza  
En vano nos dará el estro,  
Si el saber no vivifica  
Las voces y los conceptos.

Cual las pisadas del manso  
Toda la grey va siguiendo,  
Y en monótono balido  
Atruenan valles y cerros;

Así desnudo de ideas  
Camina estúpido el genio,  
Y la ajena voz repite  
Y jamás remonta el vuelo.

¿Qué valen huecas palabras,  
Ludibrio del primer viento?  
¿Qué vale en sílabas once  
Haber empuñado un verso,

Si del ánimo dormidos  
Deja todos los afectos,  
Y no da á la fantasía  
Ni á la razón alimento?

*Estudia y sabe y sé útil,*  
Si quieres, amado Eugenio,  
Penetrar de Apolo y Clio  
Los soberanos misterios.

## XXII.

## DEL AMOR.

Filósofo despiadado,  
Rompe, destroza, arruina  
De Egipto, de Grecia y Roma  
Las ingeniosas mentiras.

Yo abandono á tus furoros  
De Marte la lanza esquiva,  
Al padre del siglo de oro  
Y al dios que nos vuelve el día.

Separa á Clície de Febo,  
A Pluton de Proserpina,

(1) Este reo es Sócrates. Su enemigo Anyto le hizo condenar á beber la cicuta. (Nota del Colector.)

Y al que domó los titanes  
El ardiente rayo quita.

Y destiéralos por siempre  
De los cuadros y las liras,  
So color de que son viejos,  
Y en vez de halagar fastidian.

Mas ¡oh! no toques severo  
Al hijo de Vénus Cipria,  
Que nunca envejece, y vive  
Mas que imperios y ruínas.

Armado de dulces flechas  
Sale de la selva Egnidia,  
Siguiendo travieso el coro  
De los juegos y las risas.

A Marte postra; á las Gracias,  
El ala batiendo, incita  
A cogerle, y en el seno  
Les clava la oculta vira.

Huye á su madre riendo;  
Alzase la venda, y mira  
Sus incendios, y con mano  
Les amenaza festiva.

Filósofos, vuestras sean  
Ciencias, leyes y provincias;  
Decretad de los imperios  
El nacimiento y caída;

Que amor no muda; su suerte  
Es reinar entre delicias;  
Y no podréis, como otras,  
Derribar su monarquía.

## XXIII.

## EL DESENGAÑO INÚTIL.

El corazón sumergido  
En amargos pensamientos,  
Va el triste Alcino del Bétis  
Por la orilla discurrendo.

De su juventud primera  
Contempla perdido el tiempo,  
Cuando adusto el desengaño  
Los pasos siguió al deseo;

Y la ilusión lisonjera,  
Que halagó su incauto pecho,  
Sabe que es falsa, y maldice  
Y adora su devanco.

Contempla sus verdes años,  
Que amor se llevó en tormentos,  
Cual las florecidas mieses  
Marchita á deshora el cierzo.

Lloroso mira los troncos  
Do grabó dulces recuerdos;  
Que habiendo muerto su gloria,  
¿Qué importa que crezcan ellos?

Al valle de los laureles  
Baja del frondoso otero,  
Do con sus pastoras danzan  
Alegres los zagalejos.

A la fiesta le convidan  
Por dar á su mal consuelo,  
Y las sensibles zagalas  
Le ven con rostro halagüeño;

Mas nada aliviar alcanza  
Las heridas de su seno,  
Que las dolencias de amor  
No se curan con ejemplos.

Torna el baile; hierne el són  
De la dulce flauta el viento,  
Y vuela cada zagal  
Al norte de sus deseos.

Todo es júbilo y bullicio,  
Todo es delicia y contento,  
Y entre tantos venturosos  
El solo vive muriendo.

Ve en inocentes placeres  
Corazones satisfechos,  
Cuando amor condena el suyo  
A eterna cárcel de celos.

Ve en dulces lazos el baile  
Unir los amantes tiernos,

Cuando la indigna cadena  
Arrastra de antiguos hierros.  
Con el comun regocijo  
Van sus tristezas creciendo,  
Y doliente y despechado  
Dió tales quejas al cielo:

« Amor, tu fiereza impía  
Con tal rigor me ha ofendido,  
Que un esclavo en mí has perdido,  
Y mi libertad ya es mía.

Sufra del hado el rigor,  
Pues quebranté tus cadenas;  
¿Qué importan todas las penas  
Donde no hay penas de amor?»

Dijo, y al volver los ojos,  
Bañados en llanto acerbo,  
Vió bajar su infiel Ismenia  
Al baile desde el paseo;

Mas ¡ay! ¡cuán hermosa y linda!  
¡Con qué dulcísimo incendio  
Sus ojos, rayos de amor,  
Arden los amantes pechos!

¡Cuán blandamente su boca,  
Convidando al dulce beso,  
En deliciosa sonrisa  
Abre el clavel halagüeño!

¡Cuál se esparcen fugitivos  
Los rizos de su cabello,  
Cuando el céfiro los tiende  
Por la nieve de su cuello!

¡Cómo palpitan inquietas  
Las pomas del albo seno,  
Que avaro el amor reserva  
Para el más felice dueño!

¡Con qué atractivo donaire  
El tierno y florido cuerpo  
Obliga á las Gracias todas  
Que sigan sus movimientos!

Alcino la ve, y amante  
Comienza á gemir de nuevo;  
Y así al pasar la zagala  
Le dijo turbado y ciego:

« Zagala, tanta hermosura,  
Tanto donaire y primor,  
Te aumenta sin duda amor  
Por crecer mi desventura.

Mas ¿qué importa? tuya es  
Otra vez mi voluntad;  
No quiero más libertad  
Que suspirar á tus pies.»

## XXIV.

## LA DECLARACION.

« ¡Por qué con voz halagüeña  
Mis duras penas encantas,  
Y tan dulces me diriges,  
Jóven beldad, tus miradas?

¿Soy acaso de ellas digno?  
Un pecho afligido, un alma,  
En quien imprimió la suerte  
El sello de la desgracia,

¿Puede sentir de Cupido  
La ardiente sabrosa llama,  
Ni ser agradable asilo,  
Bella Elisa, á tiernas ansias?

¿No ves que mis tristes ojos  
De llorar cansados vagan,  
Y un corazón compasivo,  
No un pecho amante, reclaman?

En mis pálidas mejillas,  
¿No miras cómo grabada  
El implacable infortunio  
Dejó su diestra tirana?

Busca digno objeto, busca  
Digno empleo de tus gracias  
En esa de amor querida  
Verde juventud lozana;

Y no en quien volvió por siempre  
A los placeres la espalda,

Y sólo en la amiga muerta  
Fin á su penar aguarda.  
Cuando el céfiro lascivo  
Al pintado soto baja,

Y entre las fragantes flores  
Tiende sus traviesas alas,  
A la medio abierta rosa,  
Hija querida del alba,

El seno que le resiste,  
Descubre audaz y lo halaga;  
Mas no á la que ya marchita  
Probó de aquillon la saña,

Y al pié del ramo sin gloria  
Yace mustia y deshojada.  
No al olmo desnudo y yerto  
La halagüeña vid se abraza,

Sino al que descuella altivo  
Con la pompa de sus ramas.  
¿Quién en el risco aterido  
Buscó el clavel, ó entre zarzas

De punzante y rudo espino  
Aguardó la mies dorada?  
» Mas tú, cariñosa y tierna,  
Me miras, y no te espanta

Ver al furor de la suerte  
Mi infeliz vida entregada.  
Teme el riesgo á que te expone  
El crudo amor; teme, incauta;

Ya sobre tí brilla fiera  
La amenazadora espada.  
Con esta ley el destino  
Mi triste existencia graba:

A la que adorare Alcino,  
Siga adversidad infausta.  
» Tus hermosísimos ojos,  
Que amor fulminan; tu habla,

Mas dulce que al seco prado  
El llanto de la mañana;  
Las rosas del rostro, el lirio  
Del seno, las suaves gracias,

Que entre mil bellas te adquieren  
De la hermosura la gala,  
Víctimas del infortunio  
Cayeran místicas y ajadas,

Si á mi desgraciada suerte  
Tu feliz suerte ligaras.  
» Mira cuán alegres todos  
Del convite se levantan,

Con tierna mano estrechando  
La del dulce bien que aman,  
El pastor enloquecido  
Busca su hermosa zagala,

Y el que con los piés no puede,  
La sigue con las miradas.  
¡Cuán festivos, cuán contentos  
Mezclan las ardientes danzas,

Uniendo amantes suspiros  
Al sonido de la flauta!  
El bosque ameno su sombra  
Les da, sus soplos el aura,

Y ya la naciente luna  
Con blanda luz los regala.  
Todo es gozo en la pradera;  
Cuando en mi pecho cebada

Inextinguible tristeza  
Su mortal veneno exhala.  
¿Por qué de tantos felices,  
Bella Elisa, te separas,

Y oyendo mis quejas, pierdes  
El placer que allí te aguarda?  
Tú gimes; tus lindos ojos  
Dulces lágrimas derraman;

De piedad ó de amor sean,  
Mi suerte queda fijada;  
Que ellas, amado bien mio,  
Más que las del alba gratas,

A un misero restituyen  
De ser feliz la esperanza.  
Ya mi corazón es tuyo,  
Mira bien cómo le tratas;

Que aunque desgraciado, es noble,  
Y á adorarte se consagra,

Las penas de amor tan sólo  
A mi pecho le faltaban;  
¡Triste de mí, si algún día  
Me obligases á llorarlas!

Mi temor perdona; un triste  
Jamás seguro descansa,  
Y teme en los mismos bienes  
Escondida la desgracia.  
Y pues tu pecho y el mío,  
Ardiendo en la misma llama,  
Bajo los duros auspicios  
De la adversidad se enlazan,  
No olvides que un infelice  
Te entrega toda su alma,  
Y que hacerle amable debes  
La acerba vida que arrastra.»  
Así el desgraciado Alcino  
A Elisa su amor declara,  
Cuando la fiesta del Mayo  
En el Bétis celebraban.  
Elisa estrecha su mano,  
Gozosa á un tiempo y turbada,  
Y dice: «Si la fortuna  
Nos persiguere contraria,  
Cuando en nosotros, mi Alcino,  
Descargue toda su saña,  
Dos bienes no ha de robarnos,  
Que son, ternura y constancia.»

## XXV.

## Á LASTENIA.

En vano, bella Lastenia,  
Vi de tus ojos risueños  
La luz; en vano brillaron  
Los lirios del albo cuello.  
Ni las encendidas rosas  
Que tus mejillas cubrieron,  
Ni el aroma de tus labios,  
Ni el oro de tu cabello,  
Ni cuantas flechas Cupido  
Dispara desde tu seno,  
Lograron más que embotarse  
Contra el mármol de mi pecho.  
Y no, no las fieras rocas,  
Niño indócil, me parieron,  
Ni en las tigres de la Hircania  
Tuve primer alimento.  
Que cuando doró mi rostro  
El florido bozo tierno,  
Amé fiel y fui amado,  
Y adoré mi cautiverio.  
Mas ¡ay! que cuantas dulzuras  
Esperé de un blando afecto,  
Pronto las lloré trocadas  
En desden, olvido y celos.  
Gemí, loco y despechado,  
Ni pude romper mis hierros  
Hasta que el fiel desengaño  
Me dió su amargo remedio.  
No más amor; y si aún arde  
Entre cenizas su fuego,  
En la pura hermosa llama  
De la amistad lo convierto.  
Si aceptas, Lastenia amable,  
El dón que ofrecerte puedo,  
Poseerás en tierno lazo  
Un corazón verdadero.  
Ni ofendida lo desdeñes,  
O por tibio ó por incierto,  
Que más que el amor de otros  
Vale la amistad de Ismeno.

## XXVI.

## EL RECELO.

Y ¡qué! tan mal, bella Emilia,  
Te es conocido mi afecto,

Que una corta ausencia crees  
Capaz de entibiar su fuego?  
¡Ay! cuánto de tus temores,  
Dulce bien, quejarme debo,  
Cuando juzgas débil llama  
El más devorante incendio!  
Ponme en los climas sombríos  
Que azota sañudo el cierzo,  
Y do entre escollos de nieve  
Reina el erizado invierno.  
Allí en solitaria choza  
Verás que por tí gimiendo,  
El ardor de mis suspiros  
Enciende el helado viento.  
Ponme de la adusta Libia  
En los áridos desiertos,  
Que ignorados del Favonio,  
Tuesta más cercano Febo.  
Allí tu adorada imagen  
Será mi pena y recreo,  
Y añadiré con mi llanto  
Nuevo ardor al mustio suelo.  
Ponme en la apacible vega  
Que halaga el plácido Alfeo,  
Eterna mansion del Mayo,  
Dulce cuidado del cielo.  
Sin tí sus bellos jardines  
Me serán horrible yermo,  
Diciembre la primavera,  
Y aquilon el fértil euro.

¡Tan presto, mi bien, se olvidan  
Tanto cariño halagüeño,  
El dulce unir de los labios,  
El blando enlazar del cuello?  
¡Cuándo tan gratas memorias  
Se borrarán de mi pecho,  
Si son la gloria que adoro  
Y la vida con que aliento?  
¡Ay, zagala! El amor mío  
Es fuerza que viva eterno,  
Pues resistió inalterable  
A esquivéz, mudanza y celos.

## IDILIOS.

## I.

## EL DESDEN.

Si tu desden, bien mío,  
En dicha tuya fuera,  
Yo alegre padeciera,  
Y amara tu desden.  
Mas ¡ay! ¡qué vale, hermosa,  
La condiccion esquivada,  
Si á tí tambien te priva  
Del más preciado bien?

Tú me adoras; el rostro,  
En púrpura encendido,  
Brotó mal reprimido  
El amoroso ardor,  
Y tus hermosos ojos,  
Depuestos los desvíos,  
Flecharon á los míos  
La llama del amor.

El venturoso Anfriso,  
Correspondido amante,  
Vió su pasión constante  
Premiada con tu fe.

¡Qué dicha! todo es mío,  
Tu corazón, tu vida,  
Y de mi amor vencida,  
Amar tu gloria fué.

¡Ay! ¡por qué, si ya el cielo  
Unió nuestro destino,

Y lazo tan divino  
Cupido nos tejió,  
Niegas á mis descos  
El placer anhelado,  
Y opones á tu amado  
Desden que ya venció?

La flor que vergonzosa  
Se cierra á la mañana,  
Del céfiro, tirana,  
Burlando está el dolor;  
Mas cuando ya vencida  
Á amor rinde tributo,  
En cáliz, hoja y fruto  
Recibe al vencedor.

¡Ves al ave, cuál vaga,  
Del amor fugitiva,  
Y que al consorte, esquivada,  
Le deja padecer?  
Pues pronto, más benigno  
Al amante quejido,  
Verás que el dulce nido  
Es cuna del placer.

Mira la vid frondosa,  
Del olmo enamorada,  
¡No la ves, rechazada,  
Su asalto renovar?  
Pues pronto amor constante  
Domará la aspereza,  
Y la dura corteza  
Se dejará abrazar.

Todo, Elisa, condena  
Á un alma injusta y dura;  
Cuanto hay en la natura  
Imagen es de amor.  
Tú sola, dulce ingrata,  
Mis ansias no sosiegas,  
Y á Cupido le niegas  
La prenda del favor.

No es tan duro, bien mío,  
Tejer hermosos lazos,  
Y á un amante tus brazos,  
Blanda prision, ceñir,  
O en los sedientos labios  
De un dichoso querido,  
De amor correspondido  
Dulce sello imprimir.

No mal, mi bien, descanso  
En cándida mejilla  
Un rostro donde brilla  
Inextinguible ardor,  
O en el nevado cuello  
La enardecida boca,  
Cuando á gozar provoca  
El indomable amor.

¡Ay, bella! no retardes  
Ya más la dicha mía;  
No espere mi alegría  
En brazos del desden.  
Y si del pecho esquivo  
Logré ya la victoria,  
A coronar mi gloria  
Vén, dulce amada, vén.

## II.

## LA FELICIDAD.

Modera, dueño mío,  
Mi dicha y tus caricias. Ya en mi pecho  
No cabe el alborozo: ya fallece  
En amantes desmayos  
Al peso del placer correspondido.  
Sí, dulce bien: conserva  
Esta vida feliz, que te consagro,

## III. PS.-XVIII.

Y no en el fuego ardiente de tus ojos,  
O en tus blandas palabras ó en la risa  
De tu amorosa boca la consumas;  
Que á un tierno corazón enamorado  
Y de tu amor sediento  
El exceso del gozo es un tormento.

Mas no, mi amada:  
Vuelve á mirarme;  
Que sin tu halago  
No sé vivir.  
Dulces favores  
No darán muerte  
Al que tus iras  
Pudo sufrir.

¡Oh gozoso recuerdo  
De mis amargos días! ¡Oh desdenes  
Ora tan dulcemente compensados!  
¡Oh enamoradas ansias! ¡Oh tormentos  
De celosa inquietud! ¡Oh tristes penas,  
Que una mirada tuya trocó en gloria!  
Del abismo profundo  
Tus deliciosos brazos me elevaron  
Al cielo del amor. Aquel momento,  
Que decidí mi triunfo y tu ternura,  
Vale una vida entera de amargura.  
Dulce hechizo de un alma  
Que sin tí fallecía,  
Recíbela, no es mía,  
Que sólo tuya es.  
Logró el constante pecho  
La suspirada gloria:  
Tu amor es mi victoria,  
Y amarte mi interés.

## III.

## EL RECELO INJUSTO.

Al alma enamorada,  
Más que tu halago tierno,  
Es dulce, Elisa mía,  
Tu tímido recelo.  
Yo lo adoro; es la prenda  
Más cierta de tu fuego;  
Que de temores vive  
El firme amor sincero.  
Con tal que la injusticia  
Conozcas, y mil besos  
¡Ay bella! satisfagan  
La injuria de un momento.  
De mi constancia eterna  
¡Tú dudas, dulce dueño?  
¡Qué fuerza habrá que arranque  
Tu imagen de mi pecho?  
Pregúntale mis ansias  
Al bosque, do crecieron  
Con sus altivos troncos  
Tus cifras y mis versos;  
O al cristalino río,  
Cuyo apacible espejo  
Mis lágrimas ardientes  
Mil veces encendieron;  
La fuente que susurra;  
El céfiro halagüeño,  
Que juguetea meneando  
Las ramas del otero;  
Las rosas que al aurora  
Te prodigó mi huerto,  
Y con dichosa mano  
Fijé sobre tu seno;  
De enamoradas ansias  
Testigos mudos fueron,  
Y ya gratos emblemas  
De mi constante incendio.  
¡Ay dulce bien! No temas  
Mudanza en mis afectos;  
Que olvidos no conoce  
Amor, si es verdadero.  
Mas si tu pecho asalta  
Tal vez algun recelo,  
Confiesa la injusticia,  
Y páguenla mil besos.